

—¿Quién vió jamás de iniquidad tal muestra?
 ¿Os dió Castilla el cetro, por ventura,
 Porque con él la maltratase vuestra
 Mano real?—le dice y le asegura
 Del brazo izquierdo con la fuerte diestra
 Y en sus ojos la cólera fulgura,
 Y la corte de escándalo da un grito
 Y ve al rey y a Don Lope de hito en hito.

Carlos, un punto estupefacto y mudo,
 Si bien el rostro pálido de ira,
 Rechaza al noble con esfuerzo rudo,
 Ase la daga y con horror le mira.
 Y como quiso hablar y hablar no pudo,
 A la inmediata alcoba se retira,
 Y entre la confusión que el lance deja
 Lope de allí con rapidez se aleja.

Y de la corte huyó, y huyó de España
 Renunciando sus títulos y honores;
 Hondo pesar el corazón le daña
 Al recordar del rey altos favores.
 Quiso aplacar su enojo y justa saña
 Y a tal fin le escribió de las Azores,
 Do, con supuesto nombre, en triste día
 Halló refugio impune su osadía.

Carlos le perdonó; pero le cierra
 La augusta majestad, dél ofendida,
 Las puertas ¡ay! de la nativa tierra,

Y le manda que en Méjico resida.
 Tal porvenir su espíritu no aterra;
 La mar, en el invierno enfurecida,
 Surca su nave audaz con rumbo cierto
 Y arriba, al fin, de Veracruz al puerto.

V

Casamiento de Don Lope.

Mayo expiraba ya, tras sí dejando
 Rico matiz de flores en la tierra,
 Cielo de oscuro azul, céfiro blando,
 Verde y sin nieve alguna el alta sierra.
 Si pardo nubarrón se va formando
 Y si retumba el trueno en són de guerra,
 Es que se anuncia a campos y ciudades
 El mes de las sonoras tempestades.

Pero trina en el árbol sin recelo
 El pájaro cantor, murmura el río
 Reverberando al sol, cruzan el cielo
 En bandadas las aves del estío,
 Y se destacan del quebrado suelo
 Pardas las torres, blanco el caserío;
 Y la ciudad a celebrar se apresta
 Del CORPUS hoy la religiosa fiesta.

Del fresno y liquidámbar enlazados
 Forman los tallos enramada umbrosa
 Por las alegres calles, y a los lados
 La multitud se agolpa silenciosa.
 Hay altares riquísimos alzados
 Acá y allá, do el Sacramento posa,
 Y el soplo hace ondular del aura amiga
 La llama del blandón, la rubia espiga.

Desde las torres el metal sonoro
 De las campanas su clamor da al viento;
 De atambores y pífanos el coro
 Suena si calla musical conciento.
 Lleva el pastor en relicario de oro
 La Augusta Majestad del Sacramento,
 Y al pasar de soldados entre hileras
 Humíllanle sus armas y banderas.

Abre la procesión y se adelanta,
 El estandarte de la cruz llevando
 Con brazo fuerte y con segura planta,
 Noble anciano que ejerce civil mando.
 Turba de niños que la vista encanta
 Ángeles o sibilas figurando,
 Sigue después, y porta pebeteros,
 Haces de trigo, frutas y corderos.

En blanca nube de oloroso incienso
 Que arde en braseros de bruñida plata,
 Se oculta el Dios que con poder inmenso

Enfrena el mar y el aquilón desata.
 Mírale el sol desde el zenit suspenso,
 Y su alabanza en armonía grata
 Ensayan aves, céfiros y fuentes,
 É inclínanse ante Dios todas las frentes.

¡Tiempos de dulce paz y fe sincera
 En que la vida resbaló tranquila
 Cual arroyo que cruza la pradera
 Hasta llegar al mar do se aniquila!
 Llama apacible que con mano artera
 No apaga la impiedad, ni al viento oscila
 De la funesta duda, la Fe santa
 La vida alegre y el sepulcro encanta.

¡Tiempos de fe y amor! ¡Si fuese dado
 Teneros en lugar de los presentes!
 Contra sí, contra el cielo se han alzado
 En su impiedad las orgullosas gentes:
 De Dios y de su Ley han blasfemado,
 Profanan los sepulcros, y dementes
 Cierran contra los templos seculares
 Convirtiendo en escombros los altares!

Escuálida y febril siéntase en tanto
 A nuestra mesa el Hambre; arde y aterra
 Y sangre hace verter y largo llanto,
 De acero armada asoladora Guerra.
 Negras las torpes alas, negro el manto,
 Sobre la faz de la afligida tierra

La Peste vuela, y en su obscuro seno
Halla sólo refugio y paz el bueno.

¡Si los hallase yo bajo la sombra
De aquellos resonantes platanares,
Donde de flores hay perenne alfombra
Y embalsaman la atmósfera azahares;
Donde el cariño paternal me nombra;
Donde el rincón de mis antiguos lares
Muestra limpios blasones de nobleza,
Que hoy lo son el trabajo y la pobreza!

¡Engañosa ilusión! ¡Inútil voto!
En este mar de que salir anhelas,
Pobre alma mía, y que enfurece el noto,
Boga mi nave audaz rota y sin velas.
Siendo inexperto y débil el piloto,
En el fondo, cual tímidas gacelas
Atadas van, para que más te aflijas,
Mi amante esposa y mis pequeñas hijas.—

Vuelvo a mi narración. Triste y cansado
De contemplar la estéril playa ardiente
Que con sus ondas bate el Golfo airado,
Intérnase Don Lope. Alta pendiente
Encumbra su corcel, ya fatigado,
Y el caballero aspira fresco ambiente,
Y entre el quebrado monte y fértil vega,
Jalapa ante sus ojos se despliega.

Creó ver a los lados del camino,
Que cual serpiente inmensa se extendía
En llano de labores peregrino,
Los campos de la hermosa Andalucía.
Brillaba el caserío alabastrino
Con el rayo del sol de medio día,
Sobre el fondo del monte azul o verde,
Donde a trechos entre árboles se pierde.

En lontananza el Cofre se levanta;
Citlaltepétl su majestad domina,
Coronado de nieves que abrillanta
El astro rey; en la región vecina
Los sitios mirado el labriego planta;
Allá el espeso bosque y la colina;
La blanca oveja más acá retoza
Junto al umbroso huerto y limpia choza.

Encantado el ibero avanza en esto,
Y en la ciudad penetra y le parece
De frescas flores primoroso cesto
Según la gala que a su vista ofrece.
Cruza las calles y con paso presto
Hacia el lugar donde el gentío crece
Dirígesse curioso, y ver consigue
La procesión que su carrera sigue.

El brillo de la fiesta religiosa,
El cielo azul, el perfumado viento,
Los ecos de la música armoniosa,

De las campanas el alegre acento,
 El alma varonil, pero piadosa
 De Don Lope, conmueven al momento:
 La faz inclina, y con ternura intensa
 En sus azares y en su patria piensa.

Al levantar la vista halla en seguida
 Coronados balcones y ventana
 De hermosas damas; dominando erguida
 A las otras esbelta mejicana
 Con ricas galas y primor vestida,
 Soles los ojos, las mejillas grana,
 En el hidalgo su mirada puso
 Estático dejándole y confuso.

No es aquella beldad que afecto inspira
 Con solo ser gentil, modesta y blanda;
 Es la altiva beldad que cuando mira
 Las almas quema y con imperio manda.
 Quizá ajeno al amor, mas no a la ira,
 Nunca su fuerte corazón se ablanda;
 Lleva en su faz los rasgos uno a uno
 De la fiereza indómita de Juno.

Quitar della la vista el caballero
 Por más que luego quiso, ya no pudo,
 Si bien lo que en su sér sintió primero
 Más que grata emoción fué golpe rudo.
 De Inés los ojos de mirar severo
 De la ventana al pie le tienen mudo;

Le ofusca más y más su brillo ardiente
 Como fascina al ave la serpiente.

Y el noble que las fieras avasalla
 Y a quien el plomo del inglés no abate,
 En esta nueva lid fuerzas no halla
 Y de rubor se queda hecho un granate.
 Pasa el tiempo y en áspera batalla
 Más cada día el corazón le late
 Por la doncella en quien su dicha funda,
 Y el cuello dobla a la nupcial coyunda.

Era Inés sola hija de un minero
 Que sus caudales sepultó en las minas,
 Y halló en la pretensión del caballero
 Vetas de plata y oro peregrinas.
 Para avío tomó de su dinero
 Con desenfado sumas no mezquinas;
 Su paloma le dió con todo y garras,
 Y, en esperanza ricas, ocho barras.

Ella, que el lujo amaba y la opulencia,
 Por interés y orgullo fué su esposa,
 Y se fingió bellísima existencia
 Libre de afanes y pobreza odiosa;
 Y Don Lope, al tomar en la presencia
 Del cura aquella mano deliciosa,
 No vió en su ceguedad, de dicha lleno,
 Que el corazón de Inés era de cieno.

VI

Vida doméstica.

Pasan los primeros días
Que siguieron a la boda
En fiestas, danzas, paseos,
Visitas y ceremonias.

De los hombres envidiado
Es Don Lope, y es su joya
Por rica y feliz, envidia
De las jalapeñas todas.

En la mañana y la tarde
Vagan, departiendo a solas,
Por las pintorescas cumbres
Y las cañadas umbrosas.

Y al vago rumor del viento
Que entre los árboles sopla,
Y al són de arroyos y fuentes
Que el sol con sus rayos dora,

Se cambian suspiros tiernos
Cual enamoradas tórtolas,

Sus juramentos repiten
Y planes de vida forman.

En la noche, cuando brilla
Desde la celeste bóveda
Luna apacible inundando
En su luz valles y lomas,

Sale en cabalgata a veces
Inés, manejando airosa
Corcel que altivo relincha
Y espuma cándida arroja.

O ya en las pintadas salas
Do suenan risas y bromas,
Y cuyo extremado aseo
Los forasteros pregonan;

Do las abiertas ventanas
Dejan entrar el aroma
De mosquetas y jazmines
Que el huerto vecino acopia,

Al dulce compás del arpa
Que alegre vibra y sonora,
En ágil danza ver deja
El pie de esmerada forma.—

Pasan días y más días:
Comido el pan de la boda,